

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 177

25 cts.

Protagonistas:

Yca de Lanberry
Albert de Kersten

El dolor de callar

Con esta novela se adapta el famoso y exitoso filme de MONTY PYTON "EL DOLOR DE CALLAR"

Novela Popular
Cinematográfica

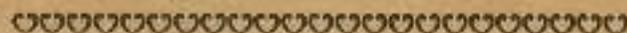
El dolor de callar

Sensacional novela cinematográfica
adaptada por

Hans Theyer



PUBLICACIONES MUNDIAL
BARCELONA — APARTADO 925



CAPÍTULO PRIMERO

La eterna lucha del alma femenina entre sus vanidades y sus afectos, entre sus locas ambiciones y sus deberes más sagrados; irradia, en este momento, todos sus rojos resplandores, toda su poética urgencia sugerente y apasionada.

Juán van Ostra, sensible a todas las seducciones de la opulencia, de la elegancia, del confort en sus aspectos más refinados y arrebatados desliza su vida, en puerilidad adorable, al lado de su tía, la señora Tomson, madre de una juveneca de edad aproximada a la de Juana.

Conviven las tres mujeres en aparente cordialidad, no desmentida nunca por parte de las dueñas de la casa, a quienes conviene la bonita suma que cada semestre envía, desde Australia, el padre de Juana para sostenimiento y educación de ésta, consagrada a su estudio favorito, el de la música, que dirige un joven virtuoso del piano: Oscar Mack, que ha logrado inspirar a Juana una pasión seria y vehemente.

Leído arrullado por la música, violentamente interrumpido por la tía de Juana, que, al conocer en

su última visita a casa del notario encargado de facilitar la suma semestral enviada por el padre de ella para gastos de su educación, que ésta no puede continuarse por falta de noticias del padre, de quien no se reciben más de un año, determina cesar por completo los gastos que aquella educación le ocasionaba, siendo substituida en la clase de música, a cargo del profesor Oscar Maek, por su prima.

Relegada a los quehaceres más lóbregos de la casa, por orden de su tía, que sólo en substitución de una criada le ha advertido, puede seguir teniendo a su lado, la pobre Juanita ve, melancólica y contristada, perderse en el horizonte gris; aquella lírica ilusión amorosa que discurrió apacible al lado del piano. Su prima es ahora quien distrae aquellos momentos de solaz de que ella está privada en su miseria.

No les basta a aquellas dos mujeres, deseosas de humillarla en su pobreza, con obligarla a permanecer lejos del amado artista, como alumna suya, quieren privarla hasta del más leve atisbo de comunicación con él. Así, cuando éste envía tres invitaciones para un recital de piano, que la mejor sociedad organiza para honrarle y aplaudirle, las ocultan cuidadosamente a fin de que Juana ni se entere siquiera, yéndose solas, madre e hija, al concierto de referencia, no sin advertir antes a Juana que tenga cuidado de la casa mientras hace labor cuya tarea le impone su tía severamente.

Buscando aylos para coser, halla, en el fondo de una cajita, la invitación destinada a ella, que sus parientes habían escondido.

Al ver su nombre en la cartulina, comprende la estratagemata de que ha sido víctima, y decide asistir al concierto, deseosa de ver al elegido de su corazón.

Sin proponérselo, ocupa un sitio en la sala del concierto, alejada de sus odiosas parientes, que deliberadamente intentan, por todos los medios, atraer hacia ellas la atención del pianista, cosa que no consiguen, pues el ánimo de éste se halla sobrecogido de tristeza en el momento en que pudo observar vacío el lugar que Juana había de haber ocupado al lado de la señora y señorita Tomson.

Terminado el concierto, una tempestad de aplausos y aclamaciones premia las maravillas que el oponente ejecutó sobre aquellas divinas páginas inmortales. Su consagración es un hecho. El compositor surgió aquella noche tan fuerte e indiscutible como el virtuoso, desde aquel momento ungió con la divina aureola del arte.

Sólo falta a su triunfo ser amado por el amor. Cuando el recuerdo de Juana tibia ante él con toda su dulzura sugestiva, la ve ante sí, modesta, pálida, triste y sola, clavando en él sus ojos interrogadores.

En junto a la salida del teatro donde aquella melancólica visión se le aparece. Síntesis divina de su noche de gloria artística.

—¿Dónde has estado, Juana—murmura anhelante, estrechando su chamanata mano.—Vi, al lado de las Tomson, tu sitio vacío y sentí una gran tristeza... ¿Qué puede importarme la gloria sin tí?

Juana, desfallece al susurro hinchado de aquellas

frases que había temido no escuchar más, y, apoyada en el brazo de él, se dejó conducir en dulce confianza por el egregio artista, tan pobre de dinero como opulento de ensueños y ambiciones, entre las miradas curiosas y arribas de algunas asistentes al concierto que salen al mismo tiempo que la feliz pareja.

—¡Oh! ¡Tengo prisa! Debo volver a casa inmediatamente—dice Juana, asustada de su escapatoria.

—No tengas miedo—le contesta Oscar.—Daremos un ligero rodeo antes de llegar a tu casa; es temprano. Así podremos hablar unos momentos con libertad.

Momentos tan fugaces como deliriosos, que retrasan su arribo a la casa de sus egoístas parientas, quienes, en efecto, habiendo degado antes que ella, y habiendo registrado toda la casa buscándola sin encontrarla, están de indignación la reciben con estas palabras:

—Una joven que se va de noche sola, no es digna de volver a entrar en mi casa. Que vaya a vivir donde la estado hasta ahora.

¿Qué hacer? ¿Dónde irá? No tiene nadie que pueda ampararla.

Llorando amargamente, sale de aquella casa inhospitalaria. Al llegar a la calle, encuentra de nuevo a Oscar, que no quiso abandonar la puerta hasta recibir de ella el último adiós, por la ventana de su cuarto.

Juana explica al sorprendido joven la inflexible actitud de su día; él, abriendo sus brazos y su corazón a la triste muchacha le dice:

—No tienes por qué afligirte, Juana; nos casaremos mañana mismo. Indudablemente es el destino el que anticipa así nuestra felicidad. ¡Bendito sea!

Al día siguiente la unión legal de los dos enamorados, sanciona un porvenir de dicha inextinguible, según ellos.

¿Puede existir una completa felicidad, una ventura total en la conciencia humilde, llena de privaciones, saturada de sacrificios impuestos por la escasez de recursos y el exceso de trabajo?

Así lo cree Juana en su ingenuidad e inexperiencia.

Dispuesta a luchar con todos los inconvenientes de la situación precaria de aquel hogar improvisado, trabaja sin darse un momento de reposo.

Su marido la imita, la acompaña; estimula en línea desce de *tegnagore* ideal, y mientras ella lustra las botas de su amado esposo, éste abrillanta el suelo, saca los muebles, pasa el plumero, dejando espacio entre estas prosáicas faenas para arrullarse la gentil pareja, víctima de todas las distracciones culinarias, consiguientes a aquel eterno afirto, que hace que los asados se conviertan en carbón; aunque para no disgustar a la linda cocinera, el marido le asegure siempre que aquello está delicioso, exquisito, imponderable, a pesar de que no llegan a la mesa más que chicharrones incohibibles.

Sólo faltaba en aquella resplandeciente felicidad el bilito de ternura, de misticismo, de abnegación, que el hijo pone en el alma de los padres.

Ya lo poseen Juana y Oscar; el más lindo niño que pudieran soñar viene a sus brazos como bendi-

ción del cielo; supremo nudo que faltaba en aquellas vidas venturosas, identificadas ahora en el amor de su hijo.

Tras de tanta ventura, no podía faltar el éter obscuro, la nota triste, el *leit motiv* de dolor, sin el cual la vida en la tierra es imposible.

Oscar enferma gravemente. Ha de abandonar sus hermanos; ha de abandonar por completo toda clase de trabajo. La ciencia exige para curar al joven compositor reposo absoluto, estancia en el campo y una sobrealimentación succulenta. ¡Programa completamente irrealizable en aquel pobre hogar solitario de ensueños y de arte! Mas Juana, heroína incansable, toda abnegación y valentía, en las horas en que el esposo descansa, copia música afanosamente para atender al cuidado de los suyos, al restablecimiento del amaño, a quien oculta aquel esfuerzo de voluntad que le proporciona medios para hacer frente a aquella penuria por que atraviesa el hogar atorado.

CAPITULO SEGUNDO

Han pasado algunos meses cortadores de insperados acontecimientos. El más grande de todos y de más trascendentales consecuencias para Juana son las últimas noticias que su padre transmitió a la señora Tomson y que ésta a su vez ha hecho llegar a su conocimiento, encuéntale la siguiente carta:

«Mi querida Juana: Con gran sorpresa nuestra, tu padre ha interrumpido su incógnito silencio para enviarte dinero y noticias que te interesa conocer. Te ruego, pues, que vengas a verme en seguida.

«Tu tía que mucho te quiere.—Manuela Tomson.»

Carta providencial para Juana en aquellos momentos de máxima angustia. Apresuradamente corrió a la odiada casa en que tanto le hizo sufrir su desnaturalizada tía, que al tenerla de nuevo ante sí, le entregó esta otra carta del padre de Juana:

«Señora doña Manuela Tomson.

«Mi estimada prima: Te ruego disculpes el largo silencio a que me obligan padecimientos materiales y especulaciones poco afortunadas. Tras recio luchar dominé las horas adversas y logré hacer, con nego-

cios prósperos, una fortuna tan considerable que le restaría dejar el trabajo y consagrarse por entero al cuidado de mi hija.

«Verla rica, feliz y esposa de un príncipe, sería la coronación de mis esfuerzos, que bendeciría si tal



lograba. Espero que la educación que ha recibido bajo tu custodia la haya hecho digna de este anhelo mío, y que no habrá cometido locuras ni irreflexiones, de que a ti y a ella haría responsables por igual.

«Te saluda cariñosamente tu primo. — *Mario van Osteln.*»

Su tío, que observaba a hurtadillas a Juana mientras leía la carta, se apresuró a decirle cuando vio que había terminado:

— Creo que tu padre no tiene nada que temer. Soltera estás, y tampoco has hecho, que yo sepa, ningún desatino irremediable.

Juana quedó extática, perpleja; sus labios no articularon una sola palabra; era demasiado grave lo que había ocurrido en su vida para no sentir turbado su espíritu al recapacitar en la responsabilidad contraída sin la anuencia de su padre.

— Olvidemos las diferencias habidas entre nosotras por tu locura de aquella noche — reiteró su tío ante la mudéz de Juana, — y si tú no quieres ya volver a vivir con nosotras, seamos, al menos, buenas amigas.

Así pareció convenirse en la desusada atenciosa que dispensó a Juana su tío.

Vivaz y alegre como nunca, tocó Juana al lado de su marido y de su hijo, con la febril nueva del envío de dinero que su padre había efectuado.

Ante la incertidumbre de su marido respecto a las consecuencias que aquello podría tener para su unión con Juana, ésta le dijo:

— Lo que importa ante todo es que tu recobres la salud. Con este dinero podremos conseguirla. Después ya veremos cómo solucionar los incidentes que vayan surgiendo.

Trasladados a una casa de campo situada en los alrededores de la ciudad, pudieron dedicarse Juana y Oscar a un reposo reparador no turbado por la más pequeña nube. Su hijo constituía para ellos el confidente de todas sus tribulaciones y zozobras. Allí la convalecencia de Oscar hizo grandes progresos.

Un día, en que se hallaba velando el sueño de su

marido, teniendo a su hijo en su regazo, dejó en sus brazos un telegrama al cartero rural.

He aquí el texto de aquella nueva que precipitaba los acontecimientos:

«Juana van Ostein. Tu padre llega mañana. Ven inmediatamente.—*Mamá.*»

—Estoy segura que no cambiaré mucho en hacer cambiar de ideas a papá—dijo Juana a su marido, que había contraído el ceño al conocer aquella nueva tan poco grata para él.—Apenas lo consiga, volveré a tu lado y al del niño, mis dos grandes amores—añadió amorosamente.

Esa una separación dolorosa la que imponía la vuelta del padre de Juana a aquellos dos seres que una loca pasión había reunido, Oscar y Juana presentaban en ella una perspectiva de sufrimientos y dolor.

Márm van Ostein, padre de Juana, llegó puntualmente en el tren indicado. Ansioso de hogar y de caricias filiales, se apresuró a constituir aquél y a saturarse de estas. Los más ambiciosos sueños de ostentación, germinaron y se desarrollaron en el alma de aquel padre aventurero millonario, cuya aspiración suprema consistía en unir su nombre al de un hijo nobiliario, tomando como base el matrimonio de su hija.

Para conseguirlo, comenzó por desarrollar un hijo exorbitante en torno a ella. Pretendía llamar así la atención del gran mundo, de donde pensaba extraer el soñado marido para su hija.

Ni por un momento dudó de que Juana no participase de aquellas pueriles ambiciones.

Tanquetas y joyas, coches y prescas fueron prodigándose de modo fastuoso en el hogar de van Ostein, para exhibición en su única heredera.

Nada más grato para aquel opulento bonachón, que asistir al lado de su hija al desfile de amanecidos que hacía exhibir en su palacio. Ninguna factura de casa de modas le parecía excesiva. ¿En qué mejor podía gastar el dinero acumulado por su trabajo que en regalar a su Juana, digna, cuando la veía enojada y compuesta, no de un noble, sino de un príncipe reinante? Así se lo decía, mirándola con ojos entrecerrados.

—¿Y si yo me enamorase de un hombre que, aunque pobre, fuese digno de mí por sus cualidades? Por ejemplo, un artista que triunfase por su talento.

—¡De ningún modo lo consentiría! Si eso se te ocurriese, podrías hacerte risa de que había muerto yo para tí.

¿Cómo abrir su corazón a quien de aquella manera rechazaba la posibilidad de su albedrío? Confesar su situación era el renunciamiento al bienestar presente y futuro, no sólo de ella, sino de los que amaba. Había que guardar el secreto a toda costa, había que ir sobrelevando aquel inmenso dolor de callar que atormentaba su corazón.

Entretanto, Oscar, consagrado a su hijo, suplía con las mayores muestras de ternura la ausencia de la madre y de la esposa, ya entronizada en aquel medio de simfonías y opulencias a que iba aficionándose quizá con exceso, en continuas fiestas y homenajes.

Uno de los que con más asiduidad le manifestaba su predilección era Juan de Merlys, harán arruinado, acosado de deudas, deseoso de hallar una rica heredera que pudiese despejar su situación económica.

May del agrado del padre de Juana fué la presentación de Juan Merlys en su casa, por considerarle un candidato recomendable a la mano de su hija. Era el yerno ambicioso; no podía, pues, encontrar una acogida más favorable e incluso viciosa a quien sus arretones acusaban dándole que aprendiese el cerco en torno aquella espléndida mujer envuelta en oro.

¿Qué pensaba Juana de aquel pretendiente acaudalado? Inútil expresaría concretamente. El alma femenina policromada de deseos antagónicos, de paradojas absurdas, es acaudalada en que el nauta más clarividente jamás hallaría la ruta cierta de adivinación segura hacia un punto ideal.

Juana amaba el feo; lo necesitaba, le era imprescindible ya. La molice había hecho presa en su carne, ansiosa de voluptuosidades y delicias.

¿Olvidar a su hijo? ¿desdeñar al esposo ausente en su pobreza? No. Para ella eran sagrados su recuerdo, su amor. Pero... ¿cómo prescindir de aquel ambiente bello y sugestivo en que tan fácilmente había ingresado por derecho propio, por la fortuna de su padre?

Nada podía con esperar más, con seguir callando. En cambio, la menor sospecha que en su padre surgiese, podía privarla de aquellos bienes que le pertenecían.

Una carta de Oscar vino a concitar en ella con más fuerza, todas las vacilaciones e inducciones que la atormentaban.

La carta, cuyo texto es el siguiente, fué leída por Juana en medio de la mayor perplejidad; decía así:

«Adorada Juana: mi ópera fue admitida según me habían prometido y ya está en ensayo. Ahora estoy en condiciones de hostalar para nosotros una casa confortable, y espero con impaciencia tu decisión. Si es que te falta valor para confesar la verdad a tu padre, dímelo, y yo afrontaré resacaadamente la situación. Te lo ruego por mí y por nuestro hijo.

«Te ama inmensamente, como siempre, tu

«Oscar.»

En una clara visión retrospectiva, todo el pasado de su matrimonio apareció ante ella. Descubrióse su imagen y, como en limpio espejo, vio surgir en el fondo su silueta deformada por los trajes modestos, sórdidos, de corte austero y sin gracia, su otra *yo*, que así ataviada, en la habitación fría de aquel hogar humilde, la llamaba, tendía las manos hacia ella con gesto abrumador. No, no era posible atender a aquella insistencia; abandonar su vida actual equivaldría a suicidarse, a sepultarse bajo las ruinas de un falso espejismo de dichas muy discutibles, preséntas ya afortunadamente.

Fué una dolorosa revisión de todo el bienestar de que tendría que despedirse, de toda la dulce holganza a que habría de renunciar si escuchaba la voz del deber.

¡Imposible! ¡imposible!

CAPITULO TERCERO

La vida inútil de nuestra heroína, sumergida en todas las veleidades del ocio, no pudo cegar por completo el amor maternal que irradiaba siempre su ternura a despecho del propio egoísmo.

Juana necesitó volver a ver a su hijo. El tiempo había transcurrido con demasiada velocidad, sin darse apenas cuenta en aquella vorágine de fiestas y elegancias.

Un día no pudo más. Como pajarito que escapa de su dorada prisión, tendió el vuelo hacia el hijo no olvidado... y el niño rechazó sus brazos maternales, rehuyeron los rosados labios el beso que ella regateó tanto tiempo. Los piecitos gráciles escaparon del lazo de aquella que en tantos días no dirigió los suyos en su busca.

—¡Qué huracán es el niño!— dijo, dolorida, a la vieja criada.

—¿Huracán? Será con usted, señora. ¡Si viera usted cuánto quiere a su padre y a mí!

Juana se inmóvil. Comprendía la alusión de aquella mujer a su desvío aparente, según ella.

Para disimular sacó de su bolsa un fajo de billetes de banco.

Al entregárselos a la criada, ésta le dijo, rechazándolos:



—Aquí no podemos aceptar dinero de usted. No dire a señor Muelo esa ofensa que usted ha querido hacerle. Le haría mucho daño.

Juana partió desolada; presentía el desamor de todos en aquel hogar que fue suyo.

La situación para Oscar se hizo cada día más insostenible. No estaba dispuesto a supeditarse a ella. A todo trance había de solucionarla.

Bajo esta disposición de ánimo, se presentó en el palacio de Juan.

Ella se hallaba ausente. Hubo de limitarse a dejar orden a los criados de que le advertieran que debía hablar con ella.

Juana, al saberlo, comprendió la decisión que había llevado a su marido hasta allí. Temerosa de un arranque de él que comprometiese su situación al lado de su padre, decidió ir ella en su busca, echando mano de toda la coquetería y seducciones para subyugarle, de que era capaz.

Elegantísima, pintada, aromosa como una flor de pasión, dirigió sus pasos al domicilio conyugal. Mack se hallaba ausente. La criada le invitó a esperarle.

Despojada del abrigo de pieles, haciendo la rubia cabellera, crechta de oro, nimbadora de perfidas sutilezas femeninas, se sentó al piano, deseando sorprender al ausente con las frías vibradoras cadencias, que su inspiración había transcrito para ella.

¡Oh dulce sortilegio de la música, quintaesencia de por las macilentas manos que el creador de aquel poema adoraba! ¿Cómo expresar la sorpresa de Oscar al sentirla y al mirarla ante sí?

Sus brazos la apresaron, mientras sus labios infantiles preguntaban:

—¿Vienes, querida Juana, para quedarte definitivamente con nosotros?

Los ojos de Juana, aquellos ojos glaucos, misterio-

sos, esquivos para el hogar humilde, huyeron su mirar de la mirada severa y acrevante del hombre que le acogió en su vida cuando ella era pobre y estaba abandonada de todos.

¡Pobro, miserable corazón humano, tardó en la gratitud, tendencioso en hechos inconfesables!

Juana, cautiva del bienestar logrado, no sentía el sacrificio, no podía substraerse al temor que éste le inspiraba. Así lo comprendió Oscar; y cuando ella, colgada de su cuello le decía, queriéndose engañar a sí misma:

—Espera, Oscar, espera; ten paciencia, ya llegaré el momento en que podamos reunirnos para siempre; entretanto, vendré algunas veces a pasar algunas horas a tu lado.

—Si es solamente así, prefiero que desde este instante nos separemos para siempre. Vete, pues, a vivir con tu padre de una vez.

¡Ah! ¡Es decir que la coquetería invencible suya; sus armas de triunfadora mundana se ostentaban ante la irrevocable decisión de aquel hombre cuyo corazón creía dominar en absoluto!

—Pues bien, sí, te obedezco, me marcho!

De nuevo, en abrigo de pieles cubiose al cuerpo de la orgullosa Juana, el sombrero ocultó la rubia cabellera; y acompañada de él sin cruzar una sola palabra; como dos extraños, separáronse, ella, para subir a un taxi que la condujo definitivamente a su palacio; él, para tomar, melancólico y desesperanzado al solitario hogar cuyo calor no tuvo fuerzas para retener a aquel cuerpo y aquella alma adorados.

Los van Oestein venían en la montaña, no hay para qué decir que el señor Marlys, convertido en la sombra de los van Oestein, venía en el mismo lugar.

Así como concurrente a la morada de Juana, asediaba a ésta con miradas y suspiros y a su padre con las insinuaciones más significativas. Por fin un día se decidió a abordar de lleno el asunto y después de exponerle la inmensa atracción que por su hija sentía, concluyó diciéndole:

—Si usted me concediese la mano de su hija haría de mí el más dichoso de los hombres.

—Por mi parte no encuentro ningún motivo para oponerme a sus deseos, querido barón—contestóle van Oestein.—Pero es Juana la que ha de decidir en este asunto. Díjase usted a ella con la seguridad de que para mí será una gran satisfacción que lo acepte a usted por esposo.

El barón, radiante de júbilo ante la buena acogida que Mario van Oestein dispensó a sus pretensiones, aprovechó la ocasión que se le brindaba para hacer una declamación en regla a Juana.

—¡Nunca podré ser su esposa, barón, nunca!—fue la contestación de aquella.—Es una locura cuanto intente en ese sentido.

No creía merecer tanta indiferencia de usted, Juanita. Suponía que usted me estimaba y esta creencia me ha dado ánimos para declarar a usted mis sentimientos.

—Porque le aprecio lealmente y le cito un caballero, voy a abrirle a usted mi corazón—sepa usted,

yo soy usted solo, que estoy casada hace más de dos años.

El barón, descorazonado, volvió a derrumbarse ante ella, con aquella afirmación de Juana, el suspirado enlace con ella, que miraba como única salvación de su vida. Juana, para consolarle de lo que ella creía decepción amorosa, sonrió dulcemente.

—Le otorgo una sincera amistad. Buena prueba de ello es la confianza que he depositado en usted al confesarle mi verdadera situación social.

Desde aquel momento la actitud del barón, respecto a ella, fué de una frialdad cortés, a cada momento más acentuada; lo cual, como es natural, no pudo pasar desapercibida por Mario van Oestein, que arrojó a poca habilidad del barón aquel fracaso matrimonial.

La contrariedad que esto le causaba se exteriorizaba a cada momento, singularmente cuando veía a su hija tratar con glacial indiferencia al barón Marlys.

Al insinuarle a este su opinión respecto a la actitud de Juana con él, y escuchar de Marlys una explicación que él no compartía, le dijo:

Includablemente, si usted tiene verdadero interés por mi hija, debió de insistir cerca de ella. Pero yo le aseguro a usted que pronto saldremos de la duda. Ha de enterarme de la causa de esta repulsa de ella hacia usted.

En actitud hostil a todo proyecto de su hijo que no fuese el que él patrocinaba, llegó a ella para escuchar aquel misterio.

—Vamos a ver—le dijo severamente.—¿A quién has dado tu promesa de casamiento? ¿Por qué te niegas a aceptar la que te ofrece el barón Marlys? ¿En qué te fundas para rechazarle? ¿Es que aquello que me dijiste del artista triunfador es cierto en tu pensamiento?

—No, papá. Yo te juro que nada hay en mí vida que puedas reprocharme. Mi mayor deseo es complacerte en todo. Si he rechazado a Marlys es porque no le amo.

—Te has criado sin el freno de mi autoridad, y sin duda tienes algún novio. ¿Quién es? Habla.

Juana palideció, sus labios tartamudearon protestas incoherentes, que el padre quiso creer. Viéndola tan emocionada sintió disiparse su enojo y le dijo:

—Por lo menos dame tu palabra de que a nadie elegirás sin mi consentimiento. Ya conoces mi decisión. Yo no quiero darte en matrimonio más que a un aristócrata. Quiero que unas a tu gran fortuna un título de nobleza.

♦ ♦ ♦

De regreso a su palacio, terminada la temporada estival, los van Ostéin prepararon sus recepciones que habían de ser, como en la temporada anterior, las más brillantes del gran mundo.

Al confeccionar las listas de invitados, ordenó al mayordomo que incluyera en ellas al compositor Oscar Mack, favorita de la alta sociedad, que no prescindía aquella temporada, de los talentos del gran músico.

El *five o'clock tea* inaugural de los señores van Ostéin estuvo concurridísimo. En el momento de mayor apogeo de la reunión, el criado anunció al señor compositor Oscar Mack.

Imposible describir la emoción que este nombre causó a Juana, que ignora hubiese sido incluido en las listas de invitados el nombre de su marido, que en aquel instante avanzaba hacia el sitio ocupado por ella. Un saludo ceremonioso fué el corolario de aquella presentación hecha por el dueño de la casa.

Mario van Ostéin no se separó un solo momento del eminente artista; parecía seducido por la conversación de éste mientras Juana, ajena a cuanto la rodeaba, parecía hipnotizada por los recuerdos y temores que en ella despertaba el padre de su hija.

La reunión terminaba y van Ostéin iba cesaba de charlar con Mack. Para poner término a tan larga conversación Juana se acercó al grupo que formaban su marido y su padre y le dijo a éste:

—¿Quieres, papá, que enseñe a este caballero tus colecciones? El, tan gran artista, sabrá apreciarlas.

Aquel pretexto para cambiar a solas unas palabras con Oscar, sirvió únicamente para agriar la situación entre ambos. El, exigiendo una resolución definitiva; ella, como siempre, procurando por conseguir un plazo que sirviera para poder coordinar sus ambiciones con las exigencias de su corazón.

CAPÍTULO CUARTO

La mañana siguiente reservó a Juana un amargo e inquietante acontecimiento.

Al despertar, cuando se disponía a tomar el desayuno, le entregó su doncella la siguiente carta que llenó de zozobra su corazón:

«Querida señora:

«Siento mucho tener que decirle que su hijo ha enfermado gravemente. El médico ha pedido que venga usted inmediatamente.

«Su afectísima,

Marta Bolton»

Juana se tiró de la cama en un estado de sobresaltada indescriptible. Se hizo vestir rápidamente, y salió para dirigirse a casa de su marido.

En el vestíbulo se encontró con su madre que extrañó aquella salida intempestiva.

—Voy a ver a una amiga enferma, papá—dijo ella al paso.

—Deberías desistir hoy de tal visita. Tienes que ocuparte de nuestra fiesta de esta noche. ¿Te has olvidado de ella?

—No, papá. No se me olvida nada que a ti te interesa o te gusta, ya lo sabes. Estaré de regreso en breve; no te preocupes.

Al llegar a casa de su marido, tuvo una tristísima impresión; se hallaba allí el médico, que con gesto pesimista reconocía al enfermito.

A las preguntas anhelantes de la madre, sólo respondió:



—No he perdido la esperanza de salvarla, señora. Aguardemos a la noche en que hará crisis la enfermedad.

—En caso de que se agrave el niño—respondió Juana,—le ruego, doctor, que no me oculte nada. Deseo que me avisen inmediatamente y sin reservarme nada, por malo que sea.

Con el corazón traspasado de dolor hubo de re-

gresar a su casa ante el temor de incurrir en el disgusto de su padre; sacrificio impuesto por su vida mundana, que su sensibilidad de madre debía haber rechazado. Únicamente sometiénose a sus ineludibles deberes podría haberse abstraído al dolor que aquella noche le agudaba en la fiesta simultánea con el peligro de muerte en que su hijo se hallaba.

Sumergida en una ansiedad indescriptible dejó transcurrir el tiempo hasta la hora en que el baile debía de comenzar.

Cubierta de encajes y pedrerías, y apoyada en el brazo de su padre, entró en el salón espléndido de luces y magnificencias.

En aquellos momentos rodeaban, con la angustia en el alma, al niño doliente, su padre y el médico, esperando el momento en que la crisis determinara la necesidad o la ineficacia de una operación quirúrgica que pudiese salvar la preciosa vida del enfermito.

La crisis comenzó de un modo alarmante; tanto, que hizo necesario el aviso a la madre ausente.

El telegrama llegó poco después de comenzado el baile. Pero no fué dado a la señorita van Ostein porque la condesa entendió que no debía molestar a su señora hasta la terminación de la fiesta.

Lo mismo dirá mañana—contestó al criado que le hacía ver la urgencia del aviso.

Y así, mientras su hijo padecía bajo la mirada desesperanzada del pobre padre abandonado de su esposa, esta bailaba y sonreía sin dejar traslucir la tragedia íntima que hercaba su corazón.

Por fin, aquel suplicio terminó.

Desfallecida, agotada, en un estado de embriaguez doloroso, pudo retirarse a sus habitaciones.

Allí, al dejarse caer en un sillón, lo primero que vieron sus ojos fué el fatal aviso telegráfico:

«Gravedad acentuada notablemente.

«Débiles esperanzas. Venga en segunda.—*Doctor Collets.*»

La realidad cruel aguijoneaba aquellos adormecidos sentimientos maternales que no habían tenido fuerza para apartarla la noche antes de cuanto no fuese el cumplimiento de su augusto deber al lado del hijo enfermo.

¿Quería volar a su cabecera? Como una loca echó sobre el traje de baile una pelliza.

Jadeante, ardiendo en su propio remordimiento, pudo llegar en alas de la más noble pasión, cerca de la cuna que habían abandonar ya, al niño, al médico y el padre, para trasladar al enfermito a una clínica donde poder hacerle una operación, supremo recurso con que la ciencia contaba para salvar la vida al niño.

—¡Hijo de mi alma! ¿Dónde está mi hijo?—gritaba convulsa la desgraciada víctima, no sólo de la fatalidad, sino de su inconsciencia.

—¡Basta ya de farsa!—dijo con dureza su marido.—Tú bailabas mientras tu hijo se moría. ¿Qué vas a creer ya en la sinceridad de tu dolor?

Y Oscar se alejó de la madre doliente sin compasión para su quebranto, sin dar crédito a sus lágrimas, ahora que, verdaderamente, salían del corazón.

CAPÍTULO QUINTO

¿Cómo pudiera Juana abstraerse a las graves consecuencias físicas del inmenso dolor moral que en ella causara la creencia de que su hijo había muerto aquella noche?

Una fiebre nerviosa, consuntiva, se apoderó de ella desde la terrible noche. En vano los más eminentes doctores intentaron curarla.

Su padre, que había llegado a cifrar en ella el fin último de su vida, consultaba a los más sabios hombres de ciencia acerca de aquella enfermedad misteriosa y tenaz. Todos le repetían el mismo «agrástico»: «En su hija debe haber ocurrido un grave cataclismo moral. No podrá curarse mientras le falte la voluntad de vivir. Quizá un cambio de clima en la playa favorablemente en su enfermedad. La luz y el ambiente del mediodía le concierne».

El padre, agobiado por la pesadumbre que en él causaba la idea de haber contribuido con sus severidades a aquella gran depresión moral que en su hija se acusaba, díctole lleno de ternura, y ávido de una expansión cordial con su hija:

—Perdóname, hija mía. Acaso mi gran severidad para contigo sea la causa de este mal tuyo. ¿Acaso he contrariado tu corazón? ¿Abrija tu alma una pasión oculta que no te arriesgas a confesarme? Habla, hija mía; yo accederé a todos tus deseos, a todas tus exigencias.

Sonriendo amargamente, respondió Juana con cultura:

—No, no, padre mío... es demasiado tarde.

Esa fue la contestación que dió a su vez al artista Mack, cuando éste fué al palacio a interesarse por la salud de Juana, María van Ostein.

—Pocas esperanzas tengo, amigo Mack; según los médicos se trata de una dolencia moral. El único tratamiento que me indican para ella es distracciones, viajes, ambiente templado, saciedad de sol. Es lo último que podemos intentar para salvar a Juana. Decididamente saldré con ella para Venecia, la semana que viene.

Mack refirió también a van Ostein la grave enfermedad sufrida por su hijo de la que ya se hallaba fuera de peligro. También para la convalecencia del niño le habían recomendado los médicos un clima templado. En breve salió con el pequeño en dirección al Sur.

Bajo el espléndido cielo de Italia quizá se reunirían en breve los dos amigos; y con esta esperanza, se despidieron cordialmente.

* * *

Fue allí, en aquel divino suelo impregnado de arte y de bellezas donde una dulce tarde primaveral se encontraron van Ostein y Oscar Mack.

A los dos, el amor paternal les había llevado allí en busca de la salud de sus hijos amados.

Cambiaron impresiones halagüeñas; el pequeño de Oscar se hallaba en plena salud. El artista refería radiante al padre de Juana el feliz desenlace de aquella enfermedad que temió truncase la vida del pequeño.

Ahora está robusto, fuerte, lleno de alegría y de agilidad; un milagro de resurrección. Mirelo usted—díjole a van Ostein al ver aparecer al chiquillo seguido de una aya por una calle de narajones y rosales.

—¡Que hermoso chico!—dijo van Ostein.—Voy a enseñárselo a mi Juanita, le gustan mucho los niños; estoy seguro que éste le encantará.

Recostada en una *chaise-longe* se encontraba la pobre enferma, cuando ante ella apareció su padre llevando en brazos al pequeño.

Y Juana, débil, abatida, melancólica, a quien no habían podido interesar las fiestas de Venecia, los espléndidos panoramas que su padre hizo desfilarse ante ella en aquel viaje cuyo único programa consistía en reavivar en ella la llama extinta de su juventud, de sus deseos, de sus ensueños de mujer, logró la total resurrección de su alma y de su cuerpo ante la mirada dáfana del hijo amado que en *reveréxit* inerte le ofrecía los brazos de su padre, en aquel momento, el más solemne de su vida.

Estoy seguro—decía momentos después van Os-

tein a Mack, que si usted me dejase a su hijo para vivir al lado de Juanita, ésta recuperaría por completo la salud. Es maravilloso el efecto que le ha causado el niño.

Oscar se sonrió escuchando aquellas frases del padre de Juana. El dolor de cabeza se convertía en aquellos momentos en una dulce voluptuosidad arrebatadora.

Aproximóse a su vez al boscaje en que Juana reposaba, radiante de felicidad con su hijo entre los brazos. Bellísima, atreolada por la alegría divina de que su hijo había inundado su espíritu, abandonóse a las apasionadas caricias de su esposo, que ardientemente le decía:

—Entre nosotros no ha ocurrido nada irremediable, amada mía. ¿Por qué no hemos de ser felices? ¿por qué nuestra unión no ha de ser sancionada por el consentimiento de tu padre? Arreáte a decirselo. Pedro ha de unir con sus manos de luz el pensamiento de los tres en un solo haz de resplandores.

Interrumpiendo el idílico momento, aparece sonriendo bonachonamente el opulento van Ostein ante el cuadro que ofrecen su hija, el niño y el artista.

—¡Hombre! Se me ocurre una idea—dice súbitamente.—Va que mi hija está tan encantada con su hijo de usted, Oscar, debían casarse ustedes, y así Juana no tendría que separarse nunca de Pedro.

—¿Y si yo le dijese que nos habíamos anticipado a su proposición?... Juana goza así con mi hijo, porque... es su madre.

Dichosos los que tras un forzado y doloroso silencio pueden hallar el momento sublime para expansión sentimental. Los que, por no haber anulado nunca la senda del amor y del deber cumplido, son aptos al fin, para conciliar los más sublimes efectos con los extremos de la pasión. Sólo así es realizable en la existencia la unión bendita de las almas.

Juana, desposeída de aquella fiebre de ostentación que las ambiciones de su padre infiltraron en ella, recuperó a su hijo cuando le creía perdido para siempre. Al lado de él, de su padre y del alegrado de su corazón se transcurrió los días en la esplendorosa *revista* esperando que la ópera escrita por su marido en aquella luna de miel inefable en su pobreza, fuera estrenada con todo el lujo que el empresario prometía al glorioso artista.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Idéal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Idéal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	5'— "
" " Enfants	"	3'— "
" " Lingerie	"	5'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemen	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'95 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es innecesaria entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Desciéndolos convencionalmente a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbarrá, 15. Apartado 925—Barcelona